

Viene de la página 224

cian precisamente a estos elementos intangibles tan valiosos y reconocibles por los lectores. A fin de cuentas, un diario es un diario, sólo un diario. Y lo es en el hecho perecedero y efímero de que funciona como el día que le da el nombre: vive 24 horas, quizá con grandes expectativas cuando amanece, y luego desaparece —o queda archivado— tal como es, como lo que ha sido. Se le pide mucho y quizá da poco, que, a pesar de todo, ya es muchísimo: todo lo que puede dar. Pero esto lo hace como cada uno en la vida hace con sus días, a su estilo.

Hace 10.000 números estábamos en España en un tiempo de espera, de inminencias. Basta con leer el artículo editorial de la primera página del periódico. Nos hallábamos los españoles “en una constante y prolongada expectativa de cambio político que no acaba de producirse”. “Este país”, decía, “lleva esperando cuarenta años —exactamente desde el comienzo de la guerra civil— la normalización de su convivencia política”. Ahora, en cambio, no

## Llegó al quiosco con una nítida áurea de virginidad. Ahora es parte de la historia de España

hay esta sensación de larga e impaciente espera asociada al cambio político. Y si hay algo de un calibre parecido, es compartido como mínimo por todos los europeos, y es algo así como una cierta incertidumbre vinculada a la nueva geometría política y económica del mundo, que se traduce en los temores que generan el terrorismo internacional y la desaparición de fronteras a la que llamamos globalización.

Espera, y también certezas. EL PAÍS se convirtió desde el primer día en un firme partidario de la democracia, de las libertades individuales, de la integración de España en Europa, y de la modernización económica, cultural y en definitiva civil de la sociedad española. Eran certezas que se levantaron como estandartes en momentos especialmente difíciles, como el 23-F, que ha marcado el carácter y el destino del periódico.

Ahora hay pocas certezas y muchas perplejidades, una idea que apareció a mitad de los años ochenta en el seno del periódico y que no tan sólo no se ha despejado, sino que es cada vez más intensa. “El mensaje con el que nació EL PAÍS hace 5.000 números”, escribió Joaquín Estefanía en el correspondiente número de celebración, en diciembre de 1990, cuando era director,

“sigue vigente, aunque probablemente ahora nuestra labor sea menos la de impulsar certezas que la de estimular la reflexión, las dudas y la crítica”.

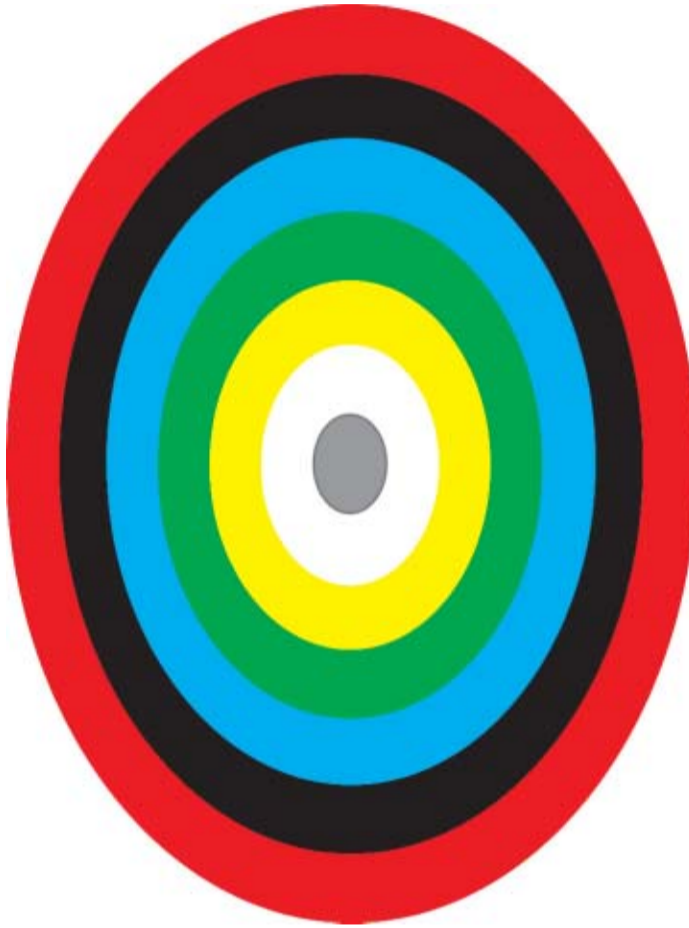
EL PAÍS acudía al quiosco con una nítida aura de virginidad. No tenía pasado. No había tenido tratos con la dictadura. Ahora, en cambio, este periódico es ya parte de la historia de España. Y como es normal, ha tenido tratos, no siempre plácidos, con los Gobiernos que se han sucedido en nuestro país desde que la democracia parlamentaria se ha convertido en algo asentado. Además, se ha acercado ya a la cifra de los años que exigen los historiadores para empezar a hilvanar el relato de los hechos, situar a los protagonistas, interpretar con perspectiva el papel jugado por unos y otros.

Lo prueba el libro de dos historiadoras, María de la Cruz Seoane y Susana Sueiro, que estará en las librerías estos mismos días, y de cuyas páginas se publican extractados algunos capítulos en este suplemento. Y también, las ausencias, los personajes que han desaparecido y se han inscrito ya en el pasado, en la historia, en las entradas de las enciclopedias, por sus actividades vinculadas a este periódico.

Apenas quince días después del primer número aparecía un editorial titulado *Por una moral civil*. “Existe una serie de temas íntimamente ligados con el pleno ejercicio de las libertades individuales que rara o superficialmente aparecen en los debates públicos”, empezaba diciendo. “Son cuestiones que atañen a lo que llamaríamos una moral civil y que son sistemáticamente silenciadas o frivolidadas”. No había entonces divorcio, estaba prohibida la contracepción, la interrupción del embarazo era un delito en todos los casos y la igualdad entre hombres y mujeres no estaba reconocida ni siquiera en las leyes civiles. “La clave de estos asuntos”, añadía, “reside efectivamente en que la Iglesia y el Estado asuman sus competencias específicas sin interferirse. O más concretamente, que el Estado asuma sus propias responsabilidades en materia de moral civil, hasta ahora dimitidas a favor de una moral pública estrictamente religiosa”.

Hoy día, aunque han terminado los combates por la democracia de nuestra

transición, no suenan como desfasadas estas apelaciones a una moral civil. Los debates sobre la paridad entre hombre y mujer, la integración de los inmigrantes, el mestizaje, las nuevas formas de familia y, sobre todo, la investigación biomédica y la experimentación con células madre, que puede permitir la curación de muchas enfermedades y el alivio de mucho dolor inútil, son capítulos ahora de nuevos combates por las libertades de los ciudadanos y



CRUZ NOVILLO

por esa moral civil que se reivindicaba en hora tan temprana.

El valor era entonces el cambio. Ahora es la continuidad, la capacidad para persistir y resistir. “La actitud y el tono de la prensa diaria tienen que cambiar si se quiere ayudar a la construcción de una democracia en nuestro país. En la medida de nuestras posibilidades, nosotros trataremos de hacerlo”, escribió Juan Luis Cebrián el 4 de mayo de 1976. Lanzaba aquel día un diario que “se ha soñado a sí mismo como un periódico independiente, capaz de rechazar las presiones que el poder político y el del dinero ejercen de continuo sobre el mundo de la información”.

Había que cambiar y se cambió, y ahora el valor equivalente es la duración.

Celebrar 10.000 días, con sus 10.000 primeras páginas, sus más de 20.000 artículos editoriales, varias decenas de miles —quizá 30.000 o 40.000— de cartas al director publicadas, y el medio millón de páginas editoriales equivalentes a varias enciclopedias juntas, es un homenaje a la continuidad, a la duración y al deseo implícito y suavemente escéptico de duplicar la cifra: los próximos 10.000 números, que tienen como plazo de cumplimiento el año 2031. ¿Dónde estaremos

todos nosotros? ¿Dónde los periódicos impresos en papel? ¿Dónde el periodismo?

Un diario es la flor de un día. Diez mil diarios, en cambio, componen un laberinto de letra que exige en algún momento la perspectiva de la historia o la pausa y la reflexión que imponen la celebración y el aniversario. El diario y su historia son como la rosa y el ciprés que canta el poeta. Hay un momento de la rosa, cotidiano, frágil y efímero, y hay un momento del ciprés, grave, elegíaco. Este es el momento a la vez de la rosa y del ciprés, del presente y del pasado que se proyectan en el futuro. Y hasta tal punto son verdaderos los versos de T. S. Elliot, que también adquiere validez su frase célebre que identifica nuestro fin con nuestro principio. Lo esencial de EL PAÍS está en las 48 páginas de los primeros días en que salió a la calle. Mucho ha cambiado desde entonces. “Es mejor ahora”, sentencian algunos en la mirada docta de hemeroteca. Pero la almendra es aquel principio y su futuro está allí, en la potenciación y preservación de lo que le dio vida al principio.

Los periodistas que hicieron el número 1 de EL PAÍS sabían que la esencia del periodismo es la verificación de las noticias, algo que hoy día, en la época de la información excesiva y sin comprobación, de la prensa gratuita y de los mensajes anónimos en la Red, se ha convertido en una necesidad social e incluso política que hay que reivindicar. Así es como se leen hoy día los primeros ejemplares y sobre todo los editoriales y artículos fundacionales cuando se medita sobre las incertidumbres del futuro. Siempre hay que cambiar, personal y colectivamente, pero el reto es permanecer en lo que es esencial en cada uno, seguir siendo lo que somos y proyectarnos en el futuro tal como somos.

## EL PAÍS DE 2004

Yolanda Monge

# Rigor e independencia

CÓMO ERAN. Cómo somos. Sé cómo somos. Y recuerdo vagamente cómo eran. Recuerdo que en 1980 me parecían muy serios. Y algo tristes (aunque me temo que a los niños de aquella época los mayores de entonces siempre nos parecían tristes; mi abuela decía que su tristeza era debida a su “compromiso político”). Era un día de marzo y el colegio nos llevó a visitar el periódico. Yo, larguirucha como la Panteira Rosa, *gafotas* y con coletas, todavía no sabía, ni siquiera soñaba, que algún día me sentaría a trabajar con algunas de las personas que esa mañana sacaban palabras de pesadas y enormes máquinas de escribir (a mí me parecían enormes). Estaba en EL PAÍS. En el periódico que cada mañana entraba en

mi casa desde que apareció en los quioscos y que, por lo que oía decir a mis padres, era algo más que un diario. Parecía asunto de mucho calado aquello de EL PAÍS. Pero por aquel entonces, y no por llevar la contraria a mis padres, a mí sólo me parecía un periódico. Y, seamos sinceros, con 12 años, no estaba entre mis inquietudes desgranar el significado del titular de aquel día de marzo: “El presidente Suárez inicia en Cataluña una campaña ‘a la americana’”.

Cerca de un cuarto de siglo después, casi no llevo la contraria a mis padres. Ya no parezco Olivia, la de Popeye. Sé muy bien quién fue Suárez. Devoro periódicos y titulares. Y sé que el diario que paga mi hipoteca es algo más que un diario. Intuyo que lo sabemos quienes cada día compartimos moqueta en la sede central de Miguel Yuste, en Madrid —la misma sede desde que se fundó el periódico— y en todas las delegaciones. El mismo edificio, arquitectura en el mejor estilo de los años setenta. Recuerdo poco de cómo era aquella redacción, pero supongo que lo que les movía a ellos y lo que nos hizo periodistas a nosotros era y es, salvando distancias históricas, lo mismo: la necesidad de contar lo que pasa, de bucear en la realidad, de investigar en las causas. De informar. En este oficio del que hemos hecho nuestra forma de vida, la vocación es el princi-

pio y el fin de un viaje romántico que iniciamos al escribir nuestro primer breve. Y que luego, tras decenas de crónicas, siempre recordaremos con añoranza. Los principios que nos mueven a la hora de poner las palabras negro sobre blanco son los mismos ahora que entonces. Rigor e independencia. Y buen oficio.

Pero si la esencia de la aventura que se inició en 1976 no ha cambiado, sí lo ha hecho, y mucho, el escenario. Y no sólo me refiero al geopolítico. Hablo del lugar en el que trabajamos cada día. Hablo de ese lugar casi santuario y fetiche para familiares, amigos y algún que otro periodista que trabaja en otro medio. Hablo de la redacción. Hace casi ocho años me dieron la bienvenida a la sección de Internacional las pantallas del antediluviano sistema Atex, en las que no cesaban de parpadear letras de color verde. Un sistema arcaico e incomprensible para los nuevos y lógico y sencillo para los veteranos. Pocos meses después de mi incorporación se iniciaba la revolución. Hubo más de un disgusto en aquel rubicón que fue el cambio de sistema de los ordenadores. Y resistencia, mucha resistencia. Quizá ése haya sido el momento en que la brecha entre el entonces y el ahora fue más profunda. Pero ya no quedan cicatrices. Al menos, no visibles.

BIOGRAFÍA DE UN DIARIO

4 de mayo de 1976

Directores de EL PAÍS

1976-88



Juan Luis Cebrián

1988-93

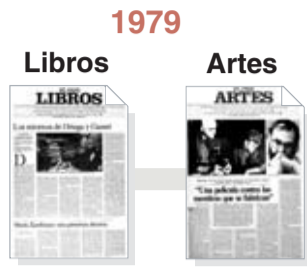


Joaquín Estefanía

1993-2004



Jesús Ceberio



1979

Libros

Artes



1976 El País Semanal



1980 EL PAÍS rebasa en marzo los 200.000 ejemplares de difusión media diaria.

1982 Edición de Barcelona

1982 Educación



1983 Edición Internacional

1985



Futuro

En Cartel

Negocios

Domingo



1986 Ediciones de Valencia y Andalucía

1987 372.741 ejemplares de venta media diaria. La difusión del suplemento dominical es de 758.455 ejemplares.

1990 Cuadernos de Cataluña, Comunidad Valenciana, Andalucía, Madrid y Ciudades.

1991 Babelia



1991 Edición Europea

1992 La difusión media del periódico llegó a 407.370 ejemplares, mientras que la difusión dominical fue de 1.121.590.

1993 Tentaciones



1994 Edición de México

1995 El País Digital



1997 Edición del País Vasco

1997 El Viajero



1997 El Espectador



1998 Ciberpaís



1998 Mi País



1998 Se superan los 450.000 ejemplares diarios de media.

2000 Ciberpaís mensual



2000 Propiedades



1999 EPS



2002 El País English Edition

2001 Elpaís.es



2003 La media de lectores diarios alcanza una cifra récord: 1.941.000. El EPS llega hasta los 2.978.000 lectores.

